

Paul y yo nos casamos un día laborable, a las nueve de la mañana. Avisamos la noche anterior por teléfono a la familia y amigos: bufet de diez a tres de la tarde en nuestro piso de La Pedrera. ¿Un desayuno? ¿Un aperitivo? Daba igual como lo quisieran llamar, pero contábamos con ellos. No se aceptaban regalos. Todo sucedió rapidísimo. Sin pedida de mano, sin anillos ni fotógrafo.

Tras cumplir con el trámite en los juzgados, al volver a casa y abrir la puerta de entrada, nos encontramos envueltos en una nube blanca. El recibidor, el pasillo y el salón comedor sembrados con los kilos de arroz con los que nuestros invitados decidieron festejar el enlace. Me gusta imaginar que incluso Gaudí, de haber estado allí, habría sonreído al ver la alegría que invadía nuestro piso, el tercero segunda, el piso de los Row.

Disfrutamos de la fiesta y, a media tarde, improvisamos una luna de miel. Acompañados de una diseñadora americana, pusimos rumbo a la Feria del Mueble de Valencia, donde Paul formaba parte de una mesa redonda compuesta por colegas ingleses. Dormimos los tres en un hotel de Benicarló de lo más *kitsch*, que fue la excusa perfecta para que no paráramos de reír en toda la noche.

Pero ¿cómo no iba yo a reírme? Había tenido la grandísima suerte de casarme con mi dios. Y, pasara lo que pasara, no iba a renunciar a él. *Till death do us part*. Amén.

Han transcurrido veinticuatro años desde aquel día.

Paul y yo estamos a punto de cumplir un cuarto de siglo de casados, de celebrar nuestras bodas de plata.

A punto de hacernos mucho daño, de destrozarnos uno al otro la vida.

Y no sé por qué.